



Obra. Alegoría de la Compañía de Jesús en tierras americanas.



Evangelización. Labor misionera y forjadora de progreso desde México hasta la Patagonia.



La llegada de la Compañía de Jesús a nuestra América se dio en el año de 1572

Dos Siglos de Historia...
EN EL SIGLO DE TORREÓN

Coordinación de la serie:
Yeye Romo Zozaya

En el arte se unieron elementos religiosos cristianos con algunos símbolos indígenas



San Ignacio de Loyola, Gonzalo Carrasco y Francisco Eusebio Kino.

AD MAIOREM DEI GLORIAM:

El legado jesuita en el arte mexicano

POR ENRIQUE SADA

Una carta del visitador Valderrama, los empeños de Don Martín Cortés para cumplir la voluntad de su padre, y un donativo de dos mil pesos fueron elementos tan determinantes en una carta de Felipe II a San Francisco de Borja, misma en donde le pedía padres de la Compañía de Jesús para la Nueva España. En efecto, la llegada de la Compañía de Jesús a nuestra América se dio en el año de 1572 como respuesta también a la petición de otros santos varones como Don Vasco de Quiroga, Fray Juan de San Francisco y el obispo de Yucatán entre otros, razón por la cual los padres je-

suitas, cuya mano forjadora de pueblos, educadora en la fe e impulsora del progreso y las artes bien pudo extenderse y patentarse desde la selvática Centroamérica hasta las áridas de tierras septentrionales de la California, Nuevo México y Texas; desde el Golfo de México hasta el Mar Pacífico, hasta donde los jesuitas avanzaban precedidos por recuas de hasta quince o veinte mulas cargadas no con prendas de uso personal sino con elementos indispensables para las primitivas civilizaciones que iban a establecer, como señala Mariano Cuevas en su Historia de la Nación Mexicana:

“Porque bien pronto comprendieron los hijos de San Ignacio, que no podría haber cristiandad sin estabilidad, ni estabilidad sin su razón de ser y sin medios de subsistencia. También se dieron cuenta de que, de no mediar explotación de minas u otro medio de obtener dinero, los pobladores nada podían esperar en ese sentido del elemento oficial”. Y es que la espiritualidad ignaciana es más que palpable a través de las artes plásticas que por más de dos siglos caracterizaron a la par su obra forjadora de pueblos y moldeadora de almas.

Fue durante esas fechas cuando en el Reino de la Nueva España se hizo patente como nunca antes el nacimiento de un espíritu propiamente nacionalista, es decir, un espíritu que no se reconocía ni propiamente indio ni aisladamente español sino como el fruto prometedor que resultara de la unión armónica de ambos a través de los primeros criollos y mestizos, quienes a la postre serían sus primeros representantes. Un claro ejemplo de este sentir nacionalista lo manifestaron los mismos jesuitas que durante dos siglos de estadía cimentaron ese anhelo de identidad propia aunado a la enfatización de un sentimiento patriótico que puede verse

en retablos, óleos, muros e imágenes que unen elementos religiosos cristianos con algunos símbolos indígenas, donde santos y profetas se mexicanizan, como recientemente enfatizara David Brading en su último libro. Tanto más impresionante resultará que lo primero que se distingue en todos y cada uno de estos hombres es que no se sienten españoles sino mexicanos con todas sus letras, y así lo manifiestan con orgullo ante el mundo desde la portada hasta el contenido mismo de sus obras; abogan por el mestizaje entre españoles e indígenas como medio de lograr la unión espiritual de dos razas para formar una sola nación; tienen ya conciencia profética de la patria que se avecina porque reconocen su autoría en el proceso de gestación de la misma dentro del seno de la Nueva España. Incluso, su actitud frente al régimen colonial es de desapego y de alienación puesto que hablan de los peninsulares como si hablaran de extranjeros en vez de compatriotas. No son españoles, no son indígenas: son y quieren ser simplemente mexicanos.



Identidad nacional temprana. La Virgen de Guadalupe por Gonzalo Carrasco.

Una vez desterrados por orden de Carlos III en 1767, ese mismo sentir que les caracterizó por tanto tiempo tampoco disminuyó. Por el contrario, los hijos de Loyola emprendieron en Italia una eminente labor cultural en donde la nota de la mexicanidad como estandarte fue tan destacada en los nombres de Clavijero, Cavo, Alegre, Gue-

vara, Maneiro, Abad, Landívar, Márquez y de otros tantos que como ellos, nunca olvidaron su tierra, a la que dedicaron homenaje a través de obras plásticas tanto como impresas desde el destierro. Irónicamente, y a pesar del salvaje decreto de un “déspota ilustrado” que los arrojaba de su tierra, ellos respondieron con una oleada de libros y obras en los que, lejos de atacar al autor de su desgracia, hicieron más bien resonar por todo el viejo mundo el nombre de su Patria a través de las ciencias y las bellas artes. Muy pocos de aquellos ilustres desterrados pudieron regresar a su Patria ya muy ancianos, en el año de 1814. Ellos fueron la vieja simiente de la actual provincia mexicana de la Compañía de Jesús, misma que extendió sus frutos en las artes hasta entrado el Siglo XX como es el caso de Gonzalo Carrasco.

Sobre los jesuitas y la forja de nuestra nacionalidad, bien puede decirse que nadie ha plasmado tan plenamente ese paradigma superior del humanismo como aquellos

expatriados que durante las postrimerías del Siglo XVIII desarrollaron una cultura tan auténtica como entrañablemente mexicana e hicieron irradiar sobre el resto del mundo, desde la docta Bolonia, el esplendor del humanismo criollo, como señalara Gabriel Méndez Plancarte.

Al tratarse el tema de las aportaciones de la Compañía de Jesús se suelen referir tan sólo a aquellos dentro del ámbito del pensamiento religioso y la educación, muy ocasionalmente se hace referencia a su labor misionera y forjadora del progreso, al peso de sus aportaciones en el ámbito político-filosófico, y mucho menos se le retribuye como impulsora del nacionalismo mexicano o por su legado artístico en el país.

Los libros de historia ordinarios, aquéllos que cuentan con mayor divulgación, suelen ser parciales e incompletos. Una muestra de lo anterior la encontramos dentro de esa copiosa obra, dividida en varios tomos, graciosamente titulada México a través de los siglos: en suma, cinco tomos abultados que dejarían a cualquier lector ignorante de hechos tan importantes como el desenvolvimiento de la civilización en el Norte de México y en lo

que hoy comprende el territorio Sur de los Estados Unidos; y en el menos peor de los casos, lo dejarían con una versión más de la “historia de bronce” tan escueta como maniquea. Al padre Eusebio Francisco Kino, que ensanchó en su andar la extensión de la patria fundando más de treinta pueblos, dedican los autores de la obra mencionada no más de tres párrafos. En cambio, los nombres de quienes achicaron el corazón y el territorio de la nación ocupan cientos y cientos de páginas en dicha obra tanto como en nuestra memoria, aún en nuestros días.

Estas deficiencias explican el porqué de la ignorancia popular y el actual descrédito acerca de las figuras claves de nuestra historia, misma que nos ha caracterizado desde el siglo anterior, o quizá hasta más. De aquí la importancia de reclamar nuestro pasado hoy en día a través de la recopilación, la investigación, la revalorización y el debate académico. Y esto es, sin duda alguna, un digno aunque tardío homenaje a la memoria de todos aquellos hombres infatigables que en su momento cultivaron la simiente de todo lo que a la postre sería nuestra identidad nacional.